

RESEÑAS

IDEA DE LA CASA

José Laborda Yneva

Arquitecto y crítico de la arquitectura, es director de la cátedra de arquitectura de la Institución Fernando el Católico, Zaragoza, CSIC

La idea de habitar pertenece desde siempre a la esencia de la especie. El cobijo, como parte indispensable del habitar, constituye uno de los invariantes instintivos de la vida, cualquiera que sea su origen; un componente necesario, equivalente acaso al sustento, la supervivencia o la reproducción. Sin embargo es preciso advertir ya la sensible diferencia entre cobijarse y habitar. La primera es una función casi inconsciente, primaria, derivada de la vida en contacto con un medio natural hostil, sujeto a cambios climáticos, necesitada también de protección con relación a otras formas de vida simultáneas, tal vez más agresivas: el cobijo trata de resolver la necesidad instintiva de resguardo y protección. Habitar, en cambio, supone un avance sobre el instinto. Se trata de una actitud elaborada, provista de un componente de estabilidad desconocido por el cobijo. Cabe en el habitar la relación entre los espacios y quienes los habitan, aparece ya la valoración del ambiente, la idea de lo que sobrepasa lo estrictamente necesario, la proporción, la textura, la comodidad, la búsqueda de la belleza que transforma lo inmediato: surge inevitablemente la arquitectura.

Entendido el habitar como una muestra racional del cobijo, como una función tan sólo pro-

pia de la especie humana, encontramos ya la posibilidad de descubrir formas cambiantes como respuesta a una misma necesidad. El clima, la costumbre, la cultura, la inventiva, la sutil adaptación del espacio al uso, la necesidad creciente de dotar lo habitado de componentes lúdicos, superfluos para el estricto cobijo, la idea del prestigio, de la distinción, del decoro; la expresión, en suma, de la capacidad de refinamiento del hombre cuando construye para sí, configura un cúmulo inagotable de variables que transforman por completo las formas de la función única de habitar. Aparece entonces la ordenación de los tipos, la semejanza o la separación entre las distintas soluciones a cuestiones semejantes. El hombre y sus funciones permanecen esencialmente estables; lo que cambia es lo accesorio, el sentido de la relación entre hombre y función.

Seguramente Roma, tras milenios de adaptación progresiva a la idea de habitar, consiguió reunir la experiencia de civilizaciones anteriores y condensó en la expresión de su arquitectura doméstica una sabiduría semejante a las de sus otras maneras de demostrar su cultura, el derecho, el arte, la literatura. En la casa romana, como puede comprobarse en este libro, encontramos cuantos matices convienen a la variedad

111

de lo cotidiano en la manera de habitar. Se trata, desde luego, del análisis de arquitecturas posibles, lejos de las pretensiones sobreabundantes de la forma de habitar del poder. No cabe encontrar en las páginas del libro referencias a los modelos palaciales que tal vez relacionamos mejor con la grandeza de Roma. Su argumento es, en cambio, la historia de la casa urbana, sometida a servidumbres de expresión y extensión. Es la historia corriente —en gran parte desconocida precisamente por su abundancia— en contraste con la gran historia. Es el análisis de lo que todos conocemos como *domicilio*, mediante la revisión de fuentes literarias contemporáneas de esa forma romana de habitar.

112

Sin duda se trata de una opción que puede suscitar el interés de quienes buscan en lo social las razones de la arquitectura. La sociedad, la evolución de la costumbre, precede casi siempre a las formas expresivas del arte. Las artes, la arquitectura que a veces sorprende con su gesto, contiene en su esencia la síntesis de la actitud del entorno a que pertenece. Tal vez por eso, los análisis de las cuestiones cercanas a la sociedad resultan a menudo mucho más fiables que los que se ocupan de los grandes actos históricos. Precisamente eso es lo que puede encontrarse en este libro, compuesto ordenadamente a la manera de un manual donde pueden encontrarse referencias a casi todas las cuestiones relacionadas con la forma cotidiana de habitar en Roma. Es el método el mérito del libro, la elección y extracto de episodios y relatos que se ocuparon en su tiempo de narrar esas cuestiones, adaptadas ahora al orden previsto por el autor. Luego, Fernández Vega desarrolla cada punto, relaciona unas cosas con

otras, sugiere una forma de afrontar la idea de la casa romana.

Un orden, por otra parte, suficientemente adaptado al transcurso del resultado habitable; sin casi variaciones —pese a la distancia— con respecto a lo conocido en nuestro tiempo: el solar como base del acierto, la permanente cuestión de la especulación, la regulación de la edificación, la relación con el entorno y los vecinos. A esas cuestiones esenciales en cualquier acto construido, prosigue el análisis de los factores expresivos de esa arquitectura, sujeta a la presencia del arquitecto como vínculo entre la idea y la materialidad de la casa. Pieza a pieza, las referencias literarias elegidas sugieren las formas y contenidos de las dependencias domésticas y las consideraciones vinculadas con la razón del espacio y de sus elementos: la entrada, como imagen externa del carácter interior, la espera y el tránsito, el acto de recibir, el jardín como imagen de la definitiva superación de la primariedad del cobijo. Todo ello resulta ser testimonio de la manera de afrontar en ese tiempo el complejo proceso de habitar. Sin embargo, precisamente la evolución de lo cotidiano necesita afianzar la distancia entre cobijo y habitación, aparece la higiene, la separación de las funciones, los actos diurnos y nocturnos, la mesa, el lecho, el rito. Encontramos así un relato articulado que nos permite comprobar, una vez más, que nuestro tiempo proviene tan sólo del raciocinio y la costumbre de otros anteriores que ya supieron ordenar sus actos con arreglo a su capacidad de deslindar civilización e instinto.

■ P. Á. FERNÁNDEZ VEGA. *La casa romana*. Ediciones Akal, Madrid, 1999, 463 páginas. ■